

Pla(nes) de viaje: de la URSS a los USA

En los últimos meses, a través de la prensa (números especiales de suplementos literarios, en Barcelona y Madrid), en actos de homenaje sociales y universitarios (en la Residencia de Estudiantes o la Biblioteca Nacional, en Palafrugell y Girona), nos asaltan imágenes diversas de Josep Pla. Contradictorias y reivindicativas, según el color de la causa de quien quiera poner su nombre y obra a su servicio. ¿Y no es este el sino de las conmemoraciones centenarias? Se confirma lo que Juan Goytisolo critica a propósito de la marca registrada del Noventa y Ocho: el «consenso que ahora, como siempre, asfixia la vida intelectual de España», un consenso «impuesto por ‘fiero sufragio universal’ o ‘a cristazo limpio’, según el aire de los tiempos o el acomodo gruñón a las circunstancias» (*El País*, 27/V/1997). En el caso de Pla las facilidades de apropiación están de cuerpo presente en el personaje, en la propia obra, y más en la leyenda que los envuelve a ambos. Precursor del ecologismo para unos, traidor a las causas nacionalistas para otros (y por ello castigado a no recibir un premio de incierta reputación), espía y periodista, notario verbal y diletante, explotado por un contrato editorial draconiano y sin embargo capaz de generar esa obsesiva obra de más de cuarenta volúmenes.

Pese a las disparidades hay una imagen contradictoria que pervive por encima de las demás: la de un nómada sedentario que pasó su vida deambulando por países, mesas, tertulias. Devorando con la sagacidad de una mirada ávida los espectáculos humanos –políticos, literarios, sociales– y de la naturaleza con que topó. Y en esta imagen del nómada sedentario destaca una actividad clave, el viaje. Me interesa aquí trazar unos apuntes acerca del Pla viajero, a partir de dos experiencias de viaje complementarias, visitas a la URSS y los USA, antes y después de la guerra civil. Y comprobar las variaciones de posición literaria que esos periplos enuncian.

En efecto, es el conflicto fratricida lo que marca un antes y un después, en la obra, en los intereses, en los hábitos del escritor. En el principio fue una vida de ciudad en ciudad, a remolque de los traslados provocados por el impulso de quien escribe para vivir como corresponsal a

sueldo de varios periódicos peninsulares, siempre con un interés genuino por la política, la vida cultural, por las maneras de ser de la gente de los sitios donde se instala. Más cómodo en Italia que en Alemania, despreciando íntimamente la gastronomía (sic) inglesa, feliz en París. Más tarde, después de 1940, se refugia en Llofriu, y el mas Pla se convierte en base para breves escapadas: muchas incursiones en la Cataluña interior, a pie y en autobús, o en barca por el litoral, otras más espaciadas por Europa y América, que se convierten en reportajes para la revista *Destino*.

En los años posteriores a la Revolución hubo un gran número de viajeros que fueron a Rusia en respuesta a una devoción ideológica –peregrinaje político– o simple curiosidad malsana. Centenares de viajeros ilustres se sintieron obligados a escribir su informe personal. Llama la atención que casi todos estos libros de viajes presentan dos curiosas diferencias respecto del formato habitual en el género: no llevan fotos, ni mapas o ilustraciones, y están complementados con unos voluminosos apéndices, que contienen discursos, estadísticas, o copias de documentos oficiales, que pretenden «ilustrar» lo que el autor percibe como la gran diferencia entre *su* mundo (el suyo y el del lector) y el que ha observado.

Josep Pla publicó sus impresiones, en una serie de artículos, en el periódico barcelonés *La Publicitat*. Convertido en libro en 1925, éste tiene dos partes muy diferenciadas. En una se limita a repetir información; en la otra introduce el comentario y las impresiones personales. El resultado más evidente y espectacular es un libro de viaje atípico, fascinante, ya que Pla fue allí en compañía de Eugeni Xammar, otro gran periodista, y se cruzó en el camino con Walter Benjamin. Hace un par de años se reeditó este volumen. Y lo que durante muchos años podría haber parecido excesivamente prolijo y detallado, alejado en exceso de los intereses del lector no especializado, de repente, con los sucesos acaecidos a partir de 1985, se convirtió en actualidad vibrante.

A menudo el libro de viajes sirve para hacer un retrato sutil de la propia sociedad desde una perspectiva lejana, aprovechando al mismo tiempo la deformación que proponen realidades tan distintas. Las *Letres persanes* de Montesquieu o el *Candide* de Voltaire son libros de filósofo que analizan en profundidad la propia sociedad reflejada en el espejo imaginario y aparentemente neutro de los problemas de unas civilizaciones primitivas. Sin llegar a ese extremo, Pla reflexiona a menudo sobre las diferencias entre la realidad que conoce en la URSS y la que ha dejado atrás. Es por efecto del contraste, uno de los recursos retóricos más frecuentes en este tipo de texto. Pla quiere ofrecer un testimonio de primera mano: «És idiota de perdre el temps llegint descripcions literàries escrites del bulevard estand» (20). Contra las visiones sectarias y deformadoras escribe que «hom es pot disposar a comprendre un xic l'URSS

amb un criteri completament independent de qualsevol proselitisme» (20). Pero en el momento de opinar sobre el estado del campesinado, le salen los prejuicios de su país –y comarca– de origen: «Així i tot, els pagesos sempre es queixen. A tot arreu són iguals. No estan conformes amb cap fórmula que no sigui la propietat romana de la terra» (72).

Otra de las particularidades del viaje a la URSS es el hecho de no reflejar con mucho detalle la anécdota del viaje físico. Se pasa en seguida a una determinada forma del viaje y de la realidad, más mental, en la que se juzga, a la luz de la propia experiencia o de la ideología política de quien escribe, la situación de la URSS. El texto se llena de mayúsculas y de juicios: «L'experiència comunista és (...) el primer assaig d'occidentalització a fons que suporta aquest poble» (157). O bien: «M'agradaria d'arribar a vell per veure el desenllaç de totes aquestes coses tan curioses» (154).

Pla nos presenta la situación de la URSS en sus inicios. Evoca una Rusia soviética todavía en proyecto –está apuntando el despegue desde la economía de guerra que había dominado los primeros años de la revolución, y acaba de estrenar la Nueva Política Económica–. Era pues un momento de ensueño –Stalin era tan sólo secretario del Partido Comunista–, muy anterior a las siniestras realidades que habían de producirse después. Pla, como gran observador y curioso impenitente, se fija en los pequeños detalles: el país no tiene gente vestida de ricos, le sorprende la inmensidad del paisaje o la abundancia de librerías. Abundan los comentarios escépticos. Pero tiene el mérito de reconocer los cambios positivos introducidos por la revolución. En otras ocasiones sus comentarios pueden tener un valor premonitorio: «És probable que a distància, la Revolució russa no quedi més que com un fantàstic canvi de personal i com una inversió del significat verbal de les paraules» (174). Es la visión del profeta, que en su momento debía sonar a más de uno a reaccionarismo cavernícola, pero que desde nuestro presente, casi setenta años más tarde, suenan a fresca intuición de estadista.

Josep Pla reconoce haber pasado por una gran crisis: «Com tothom que ha anat a Rússia he passat per una gran crisi: no m'he pas deixat emportar per la primera impressió perquè he considerat que la missió que tenia era la de comprendre» (183).

En el libro de viajes hay un diálogo elemental, pero que en estos textos juega un papel esencial: entre el libro que construye durante el viaje y la guía, más prosaica, que le sirve de punto de referencia o libros de anteriores viajeros. El viajero actúa como de turista con la ayuda de un predecesor. Como dijo Jean Rousset: «Les voyageurs s'appuient sur des guides, qu'ils citen, qu'ils démarquent, qu'ils critiquent volontiers» (126). Esta actitud y actividad desembocan directamente en el plagio. El conocido aforismo orsiano «todo aquello que no es tradición es plagio», se convierte en un *mot d'ordre* para los autores de estos textos. El viaje-

ro se informa previamente, llega, y aquellas lecturas traslucen en su propio texto, copiadas literalmente o incorporadas de manera más o menos consciente. Es decir, plagiadas.

En el caso de los viajeros al país de los Soviets, no utilizan guías, porque no existían, pero cumplen esa función informativa y que provoca el plagio, los informes «oficiales» que recibían de las autoridades, y que por su originalidad, son incorporados como apéndice. Estos apéndices demuestran hasta que punto el viajero se siente inseguro y se acerca a un tipo de texto que tiene más que ver con el informe. Cortan con el carácter más literario, de evocación de, o reacción ante, lo visto, aquello más genuino del libro de viajes. Hay dos tipos de citas incorporadas al texto del viaje: las que sirven para probar la autenticidad de la experiencia (conversaciones, incluso de documentos, citas de los propios diarios o notas); y las que contienen una marca de cultura e invocan otro tipo de referencia, tradición o intertextualidad (Grudzinska Gross, 231). La combinación de las dos fuentes produce la característica alternancia en el libro de viajes entre la primera y la tercera persona.

Josep Pla jugó con dos tipos de fuentes: las informaciones oficiales, en general de carácter preciso y técnico (que se traducen en un texto monótono, mezcla del estilo de un Baedeker o una *Guide Bleu*, y el de un resumen de carácter enciclopédico), y las que obtuvo de primera mano, que en este caso eran proporcionadas por un catalán que vivía instalado en Moscú, el mítico Andreu Nin. La incorporación del comentario personal o del contraste con un otro periodista tiene –para el lector– un valor de confidencialidad, la noticia –aparentemente– privada.

Josep Pla se adentra en la Rusia soviética y queda muy sorprendido ante el aspecto de la gente, o de las sensaciones que siente ante el espacio que contempla: «La sensació dominant del viatge és, però, una sensació que jo no havia sentit mai: la sensació de la imensitat del paisatge. Tot es troba, relativament a les coses nostres, multiplicat per deu: les distàncies, els pobles, les perspectives, les coses» (29). Los viajeros han sido siempre acusados de sacar conclusiones después de un viaje demasiado corto por un territorio muy limitado. Los que visitaron Rusia toparon con el problema añadido de enfrentarse con un territorio inmenso con docenas de lenguas distintas y culturas nacionales muy diversificadas. ¿Qué imagen, pues, nos pueden transmitir? Todos tienen, ciertamente, un componente utópico: muchos van a la búsqueda de la revolución, de la sociedad ideal, y vuelven con un equipaje cargado de opiniones modificadas. Pla termina con una visión escéptica y pidiendo excusas al lector por sólo haber relatado lo que ha visto. Apabullado por la inmensidad explica: «Si no he descorbert res de nou, si els articles nonhan resultat prou brillants i engrescadors, és que potser la feina era desproporcionada a les meves forces» (183).

Años más tarde, en 1954, viajó a América del Norte. Escribe en esa ocasión un reportaje, con mucha menos carga ideológica. Según explica en el prólogo de «Week-end (d'estiu) a Nova York» el reportaje «És feina periodística; és un treball d'informació servida amb amenitat, de fàcil accés: un esforç d'observació i de descripció limitat en el temps i l'espai». Y continúa: «Les pretensions de un reportatge estan deliberadament subjectes a la momentaneïtat i contenen, per tant elements de fugacitat». La conclusión es consustancial con el particular *Weltanschauung* del escritor ampurdanés: «Ara, la pedra de toc d'un reportatge és el fons objetiu» (7). A la busca de ese fondo de objetividad dedicará varios días y artículos. El viaje partió de un encargo del editor de la revista *Destino*, Josep Vergés. Se trataba de efectuar una breve visita en barco a Cuba y Nueva York y preparar así una serie de diez o doce «grandes reportajes» para la revista.

Era un encargo que recibía un escritor de 57 años, con 40 de ejercicio de la profesión, pero que había limitado notablemente sus escapadas al extranjero después de la guerra civil. Esto nos llama la atención sobre un aspecto del observador Josep Pla. Antes de la guerra civil, en la década de los veinte y de los treinta, se convirtió en un periodista de los que ahora denominaríamos *free-lancer*. Josep Pla pasó por la mítica tertulia del Ateneu Barcelonés que presidía Quim Borralleres, y en la que también participaron, entre otros personajes ilustres, escritores como Francesc Pujols, Josep M. de Sagarra y Alexandre Plana, su maestro en escritura. Josep Pla se desplazó por primera vez a París con un encargo periodístico digno, en 1920, como corresponsal de *La Publicidad*. Y desde entonces residiría en las principales capitales europeas: Madrid, Londres, Berlín, Estocolmo, etc. Después de la guerra renunció, en apariencia, al cosmopolitismo del período anterior, y se refugió en su disfraz de payés curioso y socarrón, que efectuaba breves escapadas al exterior a través del viaje.

Pla usa y abusa del plagio. En América utiliza mejores fuentes (y le acompaña una mejor actitud); a pesar de todo, éstas son las páginas más sosas de sus libros. Necesarias, quizá, puesto que así lo exige el tipo de texto, pero aburridas. Se justifican por la exigencia del género, antes de la época de la televisión y de la comunicación instantánea, de dar detalles materiales al viajero que lee el libro, situado en el país, desde la comodidad de la butaca de su casa.

Pero donde de verdad brilla el ingenio de Josep Pla es en esos *ex-cursus*, auténticos ejercicios creativos de síntesis e intuición. Así lo reconoce en el viaje a Nueva York: «I predomin aquestes expansions de tipus intuïtiu, merament intuïtiu, que surten massa sovint de la meva ploma» (109). Precisamente, al lector le saben a poco estas «expansiones». Es esa actitud lo que le permite, recién desembarcado en Nueva York, el

fijar el carácter básico del nuevo país que conoce: «Al carrer, les primeres sorpreses són aquestes: primer, l'abundància de tendes: després, l'abundància prodigiosa, atabaladora, de cotxes en marxa o aturats» (36). El topos de la fabulosa abundancia se va repitiendo de mil formas, a partir de multitud de detalles: el hormigueo de la masa neoyorquina, las raciones en los restaurantes, el Museo Metropolitano, sobre el que escribe: «Personalment, el que a Nova York m'ha produït la impressió de més riquesa ha estat precisament aquest museu» (97). O subraya el efecto de abundancia fijándose en detalles ínfimos: «La cuina del Waldorf ha pogut servir 3.000 dinars en 30 minuts. És el rècord. En aquest país, davant d'un rècord no es pot ni respirar» (210).

Frente a la información adocenada y repetitiva, que pasa mecánicamente de una a otra guía (Baedeker, *Guide Bleue*, etc.) brillan con un valor característico esas «intuiciones» más o menos sistematizadas, que demuestran el saber de observador de Josep Pla. El poder reducir una realidad compleja y variopinta como la estadounidense a tres elementos: «Venint d'Europa, tres coses sorprenen, en aquest país, d'entrada: la netedat, l'ordre que hi ha a tot arreu, la impressió que tothom sap el que vol i que va al gra» (47). Como para subrayar su condición de campesino, quiere visitar un pueblecito, para comprobar el contraste con Nueva York. En seguida descubre las cuatro cosas más importantes: el *supermarket* (que traduce por *mercat*), la estación de servicio, la capilla o capillas, y el campo de deportes (confiesa, de paso, una ignorancia *absoluta i completa* en materia deportiva) (135-139).

El cómputo de la diferencia abre, de cuando en cuando, sus puertas a comentarios más líricos. Al anochecer del primer día de estancia musita una impresión:

«Ens agafà el capvesprol contemplant el fascinant espectacle, i així, de cop i volta, la ciutat esdevingué com un braser de foc –un braser d'unes proporcions fenomenals–. Aparegué la llum en els centenars, milers de finestres de les estructures elevades que coincidí amb el raig luminotècnic –vermell, verd, ambre, blanc, groc, malva– del comerç dels carrers. L'aparició dels focs fou com un espectec violent, d'una força puixant. Se suspengué sobre la gran ciutat com un baf rogenic de proporcions fantàstiques, gairebé diria còsmiques, que em produí una angoixa estranya i inexplicable» (46).

Es el típico producto de lo que Claudio Guillén ha denominado la «voraz capacidad de sensación» (34) de la que Pla hace gala con profusión. En otra ocasión esa voracidad le empuja a escribir comentarios que ahora nos pueden parecer curiosos, fuera de tono, pero que son de una gran exactitud: «Les dones americanes vistes d'esquena sempre semblen més joves que no són en realitat» (44).

Josep Pla, en una muestra del plagio por la vía negativa (es decir, contestando unas opiniones que le parecen poco afortunadas) arremetía en los términos siguientes contra Paul Morand:

«Quina delirant fantasia portà els primers observadors de les estructures verticals –tipus Morand– a dir que aquesta arquitectura prové del món còsmic, del temple del Sol, dels asteques i de no sé quines altres fantasies! De vegades els escriptors francesos, posats a exagerar, no tenen rival possible» (190).

El viaje lleva su fecha inscrita, no sólo en el título, sino en los gestos de sorpresa que le producen determinados detalles, hoy ya plenamente establecidos entre nosotros. Los americanos del *Middle West* son «menjadors de blat de moro torrat, bevedors de la magnífica llet que es produeix en el país, degustadors d'una beguda desagradable anomenada Coca-Cola» (166). Y junto a ello, aparece la sorpresa ante maneras de organización de la vida en lo que Pla (como Julio Camba) llamaba la ciudad automática. El teléfono y sus usos (compras a distancia, servicio despertador, informaciones meteorológicas que sustituyen al periódico, etc.), el *frigidaire* y las nuevas maneras de comer, los productos congelados. Le sorprenden también los supermercados, porque son inodoros, y porque suponen una civilización basada en el automóvil y el frigorífico. (364-369).

Un detalle interesante que nos acerca a la perspectiva desde la cual escribe Pla, y que prepara al posible lector lo notamos en los diversos comentarios sobre el impacto que las películas vistas sobre Nueva York tienen en la primera impresión, al visitarla de verdad. Él insiste en su condición de «payés» casi *naïf*: «El fet que jo hagi anat tan poc al cinema m'ha permès ara de tenir el candor de la curiositat immediata» (167). Él detecta la mezcla de sensaciones que produce la primera visión de Manhattan: la sorpresa ante la realidad descomunal y el reconocimiento, al mismo tiempo, de tantas vistas fijadas en la retina a través de las fotografías o del cinematógrafo (31-32).

El viajero que visita América proveniente de Europa se siente pronto empujado a comparar lo que ve con la realidad europea. O, mejor, de su país de origen. Los restaurantes italianos de Nueva York hacen exclamar a Pla: «Tot plegat em produí la il·luisó que les distàncies intercontinentals s'havien escurçat considerablement» (56). Pero los comentarios anecdóticos, abren paso a otros más profundos. Como, por ejemplo, sobre el sentido complejo de la relación entre lo americano y lo europeo que adivina en Nueva York. Tiene sobre ello dos intuiciones: «En aquesta ciutat, s'hi pot viure amb una llibertat que a Europa ja és impossible (...) Per altra part, tinc la impressió que aquí hi ha cada dia menys geografia i més sensibilitat». Así se permite concluir: «És per aquestes raons

que Nova York em sembla la realització d'una Europa frustrada, salvant sempre, és clar, les diferències d'eficàcia i de riquesa» (80).

La capacidad de observación de Josep Pla nos transporta a un tiempo y un espacio lejanos. Ante la sorpresa que le produce lo desconocido, se queda sin palabras suficientes para describir la novedad. Lo que nos transmite, pálido reflejo de una rica experiencia, demuestra el valor único de la literatura –frente a los llamados audiovisuales– para transportarnos lejos, por un precio módico y con una variedad de matices insuperables. Los planes de viaje traducen el acicate de una curiosidad activa y las reacciones ante realidades con las que simpatiza en mayor o menor cuantía. Pla como viajero saber volver a tiempo, y poder transformar el mirar en escritura. En sus viajes por Europa y América, antes y después de la guerra, o en los viajes a su propia obra, en ese proceso de reescritura que se produce después de 1939, Pla propone unas experiencias originales de aventura. Para él y para el lector.

Enric Bou

Obras citadas

GUILLÉN, CLAUDIO. «Lección de Josep Pla». *Revista de Occidente* 9 (1981): 27-39.

PLA, JOSEP. *Les Amériques*. Barcelona: Edicions Destino, 1978.

PLA, JOSEP. *Viatge a Rússia*. Barcelona: Edicions Destino, 1990.

GRUDZINSKA GROSS, IRENA. «Stendhal, Travel Writing, and Plagiarism». *Nineteenth-century French Studies* XVIII. 1-2 (1989-90): 231-235.

ROUSSET, JEAN. *Le lecteur intime: de Balzac au journal*. París: J. Corti, 1986.